

"DESPUES DE LA CULPA..." POR RAFAEL MALUENDA.

A fuerza de plasticidad impersonal, Maluenda ha llegado a producir en sus últimos cuentos la impresión de obras teatrales. Todo está a la vista y sucede, encadenadamente, a los ojos del lector. "Después de la culpa", por ejemplo, especie de novelita muy corta (19 páginas), editada por "La Novela Quincenal", podría dividirse perfectamente en tres actos y hasta llegan a diseñarse las escenas, las caídas de telón, las suspensiones de la intriga y una serie de resortes.

No lo apuntamos como un reproche, sino como una característica y casi como un elogio. Es agradable esa visión precisa y nítida, esa lógica material de los hechos expuestos y desarrollados ante nosotros sin ningún tropiezo.

Leonidas Beltrani sale del Club a la una de la madrugada y se dirige a su casa discurriendo un pretexto para tranquilizar a su mujer, que debe estar esperándolo en son de reproche, no por cariño sino para molestarlo. Si le dice la verdad, la inocente verdad, no será creído. Llega sin que nada se le haya ocurrido y encuentra que su esposa no está en el hogar. Sorprendido, toma su sitio y hasta su actitud y recuerda. Relación del matrimonio fracasado, análisis superficial del obstáculo invisible, el cansancio, que los separa. Maluenda observa bien, con exacto buen sentido, las apariencias exteriores; pero ahonda poco, no alcanza nunca muy adentro, a la región misteriosa donde se forman los sentimientos. A las tres de la mañana, llega la esposa. Leonidas Beltrani se oculta, la espía, la ve entrar, mirar, despojarse del sombrero, tomar su sitio de víctima en el sillón de la espera. Se presenta. Ella lo recibe como si lo aguardara toda la noche y él saborea su engaño. En realidad, una escena sabrosa, de efecto. Estrechada por el marido, la mujer trata de inventar una excusa, afirma que viene de casa de una tía enferma; Beltrani la apura más aún, le exige que vayan juntos, sale con ella a las cuatro de la mañana, camino de aquella casa y cuando tiene ya la mano sobre el golpeador, ella cede, confiesa y pide regresar. ¡Lo ha engañado, le ha "faltado"!

"Un fenómeno extraño, una especie de desdoblamiento de su personalidad se hizo en Leonidas: comprendía que después de aquel desastre entre ellos sólo una separación salvaría su dignidad de hombre; pero al mismo tiempo la idea de que aquella mujer, tan suya, se resignaba ya a la ausencia definitiva, le producía una especie de desencanto como si repentinamente fuera él, sólo él, quien iba a salir herido y humillado de aquella situación. Además sintió a su turno y por la primera vez de su vida el aguijón de los celos, sintió que aquella mujer infamada por la culpa era como otra mujer, y por esta mujer desconocida experimentó el afán doloroso de disputarla al destino, de conservarla a su lado. Y en esa especie de desvarío que le creaban la conciencia de su dignidad ofendida, el deseo, los celos, el despecho y el odio al otro; en ese oscuro fondo de la naturaleza humana donde se generan los cálculos monstruosos y las aspiraciones inconscientes, sólo atendió a encontrar un pretexto que —aparentemente ajeno a su voluntad— fuera capaz de impedir la inminente partida de aquella mu-

jer que encendía ahora su ternura y su deseo."

La niña, una hijita, le sirve para el caso; ella quiere llevársela; él la reclama, pero sin odio, sin violencia, casi con humildad. El instinto femenino no engaña a la esposa.

"...se desnudaba y en todas sus actitudes había ahora un afán pudoroso que antes Beltrani no le conocía. Se hubiera dicho que se desvestía por primera vez ante aquel hombre y le asaltaba el temor de mostrar su cuerpo... El hombre se alzó trabajosamente y vino junto al lecho... Murmuró: —No sé qué va a ser de nosotros... Ella, sin descubrir el rostro, exhaló su pensar:

—¡Y pensar que nunca te dejé de querer, nunca!

Poco a poco, se fueron aplacando sus sollozos. No se hablaron más. A través de los visillos, el día naciente introducía una livida claridad. Beltrani tendió el brazo y apagó la lámpara. Una laxitud inmensa relajaba sus músculos. Pero interiormente, sentía una especie de descanso, como si en medio del caos de su cerebro anquilosado por tantas emociones, algo como una solución apuntara ya como una luz aliviadora en medio de la noche de su pesar. Luisa se había escurrido suavemente en el lecho y Beltrani lió sobre la almohada la revuelta y oscura mata de su pelo. La sintió respirar. Al fin, vencido por la fatiga, fué humillando la cabeza hasta descansarla al borde del lecho. Y dejó que el sueño cerrara sus párpados."

"BÉCQUER", POR PEPITA PERALTA.

—La Sta. Teresa Ossandón Guzmán, con el seudónimo de Pepita Peralta, ha publicado una biografía completa de Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta de las Rimas y las Leyendas. Es un homenaje juvenil al heraldo romántico que abre las puertas de la adolescencia sentimental; y, contra lo que podría esperarse, no peca por falta de datos concretos ni exceso de lirismo. El estilo tiene, naturalmente, sus escapadas, sus vuelos un poco inciertos, reveladores de la pluma todavía inexperta; pero en general, cuenta una historia y se ciñe al tema propuesto.

No sería justo exigir más. Y es bastante.

REVISTAS EXTRANJERAS

"EL GRAN SECRETO", POR MAURICIO MAETERLINCK.

Incapaces de penetrar el secreto de Einstein ¿seremos más dichosos con el de M. Maurice Maeterlinck?—se pregunta Vandérem en La Revue de France.—Hay probabilidades, agrega, porque M. Maeterlinck es uno de los pensadores más lúcidos, iba a decir, translúcidos de la época actual.

Hasta en los tiempos más fecundos de su vena dramática, se complacía en los problemas ideológicos. Con la práctica, su nitidez se ha clarificado más, aunque temo que, al prodigarse demasiado generosamente, no haya perdido cierta concentración que constituía el encanto y la fuerza de sus primeros ensayos filosóficos, por ejemplo, su profundo estudio sobre Ruysbroeck el Admirable. Aquellos trozos, por la firmeza, esplendor y transparencia, los compararía con el cristal de roca. Los últimos son un cristal de muy buena clase todavía, pero que denuncian más y más la fábrica...

Efecto sin duda de la superproducción, resultado probablemente inevitable de la preponderancia que ha adquirido en la obra de M. Maeterlinck el ejercicio del pensamiento sobre la inspiración poética y dramática. Desde 1901, su repertorio teatral se cierra y no cuenta sino una obra maestra: "El Pájaro Azul". Las piezas secundarias, "Joyzelle", "Monna Vanna", "Maria Magdalena", más pa-

recen compuestas para conquistar el aplauso que salida de la misma fuente que Pelleas y Melisanda.

En cuanto a la serie de sus obras didácticas, sería ocioso ponderar la belleza y el ingenio de que están sembradas. Apenas si me quejaría a veces de que me perturban la admiración de esas maravillas naturales o del pensamiento humano los comentarios nutridos de imágenes o las exégesis centelleantes de que M. Maeterlinck las cubre. Así, para no citar sino uno de los trozos célebres, el Vuelo Nupcial en la Vida de las Abejas, ciertamente me inclino ante los esplendores de ese capítulo; pero, a pesar de todo, prefiero la emoción y el ensueño en que me sumergen los hechos mismos cuando leía el relato escueto de un John Lubbock o tal cual pequeño resumen pedagógico. Tal vez una mala costumbre mía: no me gusta que piensen por mí.

En "El Gran Secreto", sin embargo, señalaré un pasaje que me seduce sin reservas, no porque concuerde con mis opiniones personales, sino porque añade a verdades conocidas el apoyo de un grande artista, un pensador respetado como M. Maeterlinck:

"Es preciso admitir de una vez por todas que no se puede comprender nada ni explicar nada, a menos de abandonar la categoría humana para convertirse en un Dios; en el Dios único. Fuera de ciertas comprobaciones matemáticas y materiales, cuya esencia permanece impenetrable, todo no es sino hipótesis."

Desde la frase famosa de Littré sobre el más allá, ante el cual "estamos sin barca ni brújula", creo que nunca habían sido tan claramente fijados los límites de la metafísica; y me gustaría que estas líneas lapidarias fueran grabadas en letras de oro en todas las salas de clase y en todos los anfiteatros donde especulan los profesores. Con ello su auditorio sabría exactamente a qué atenerse sobre el alcance de sus palabras y el crédito que se les puede dispensar.

Pero ¿y el resto del volumen? Dios mío, es una notable historia del pensamiento y las creencias humanas desde la India antigua hasta los más nuevos ocultismos, en sus relaciones con lo Desconocido y en sus esfuerzos por penetrarla para llegar a esta conclusión, decepcionante después de semejante título: "El gran secreto, el secreto único, es que todo es secreto".

No por eso he sentido un placer menos vivo recorriendo estas páginas vigorosamente evocadoras y revestidas de una prosa magnífica. Me han rejuvenecido no sé cuántos años, transportándose a tiempos antiguos en que estudiaba penosamente, en grandes mamotretos todas esas sombrías aventuras del espíritu. Más feliz, nuestra generación puede iniciarse con un maestro como M. Maeterlinck, lleno de claridad, arte y seducción.

Sólo que ¿cómo no lamentar que las incomparables facultades poéticas del autor de la Intrusa se empleen en este apostolado digno del Ejército de Salvación y haga concurrencia a la Biblioteca de las Maravillas? ¿Qué lo impulsa y qué lo sostiene en semejante tarea? ¿El imperio de ciertas lecturas? ¿El disgusto ante las fútiles obras de imaginación pura? ¿La voz del deber?

Aunque tal vez vayamos a buscar demasiado lejos nuestras razones y M. Maeterlinck solamente quiera crear un género nuevo—un género que, en suma, tiene su importancia y su encanto y se podría llamar, si lo queréis, la vulgarización de tujo".

Pascal la practicó hablando de teología, Montesquieu de leyes, Voltaire de filosofía, Chateaubriand de historia antigua y Renan de exégesis bíblica y del Oriente.

"Alone"